

Epístola de Valeria

Epistula Valeriae

Ἡ ἐπιστολή τῆς Βαλέριας

—Antes de irse, padre, quiero pedirle una cosa.

—¿Qué deseas?

—Esta epístola, de camino a Cartago arrójela al mar.

—Supongo que no quieres que nadie sepa de ella, yo mismo lo haré.

—Adiós padre.

—Adiós Valeria.

Valeria siguió a su padre con la mirada hasta que salió de la villa. Se alejó lentamente del atrio y sintió las sandalias levemente húmedas, esa noche había llovido y el suelo cercano al impluvio estaba salpicado. El viento hacía ondular su velo azafranado mientras el sol calentaba su tez blanca.

Rodeó parte del peristilo y terminó por sentarse en un banquito, tenía los labios entreabiertos, se escuchaba de fondo el sollozo del mar. Sus ojos del color de la miel prestaban sus reflejos a la luz del cielo y por un segundo, por un momento, se paró a pensar, a pensar en aquella epístola imposible.

Epístola imposible de Valeria a Lucio:

Aún recuerdo el día en el que me mostraste como se desvelan los secretos que esconde la poesía y como junto a ella mostrabas tu alma, la cual pude llegar a ver a través de tu verso como por un fino cristal.

Todos apreciaban tus dulces estrofas y tal vez las nuevas generaciones hubieran laureado tu nombre y quizás innúmeros copistas habrían perpetuado tu yambo, pero no lo harán. No, te llevaste tus versos, el mar Egeo será el único difusor de tu hexámetro, allá donde este bañe orillas ya sea de blanca o negra arena su espuma imprimirá tu canto que bañará los pies de nuevos ciudadanos.

Habremos de recordar nuestra historia, tan hermosa, tan fugaz que el soplo que se la llevó fue digno de envolver a los olímpicos dioses. ¿Acaso no recuerdas aquella fiesta del solsticio? Aquella que por extravagancia celebramos en el palatino. Yo me sentía incómoda, pues nunca gusté de tan fastuosas fiestas, si no fuera por mi padre habría preferido hacer tan solo ofrendas a los dioses en aquel día de renacimiento, pero me alegro de haber asistido, pues allí estabas tú.

Claudia exaltada clamó por tu verso y como un rayo de luz que atraviesa el cielo, acompañado por la lira recitaste esa canción que limpió lo soberbio de aquella fiesta con tu alma de corola blanca. Ni los coros que entonan a Píndaro habrían tornado mi psique de la forma en la que lo hiciste.

Yo ya no puedo recordarlo con exactitud, pues todo era un frenesí; bajamos por la colina y resguardados por tiernos frutales reímos y bailamos y dejamos que el ánimo saliera del cuerpo para llegar a la celeste bóveda estrellada. El viento traía la cercana

música, acaso porque mi alma no estaba aquí, pero me sentí más llena, descubrí que nunca lo había estado, hasta ese momento.

Tus ojos chispeaban, me recordaron a la llama que Prometeo trajo a los mortales. Tal vez de igual forma que este fue castigado por portar tan excelsa llama, nosotros, herederos de su virtud hemos de ser castigados cuando alcanzamos la magnificencia.

Recordarías, si aún estuvieses aquí, como los pétalos de las flores silvestres se enganchaban a tu toga transitoria de niño a adulto. Nuestras fíbulas cayeron al suelo, ya no era necesario sostener ningún tejido a nuestro cuerpo. Como un eclipse que no pudieron predecir ni los sabios de Mesopotamia, las dos luces, los dos astros se unieron. Volvimos a la fiesta, mi nodriza se dio cuenta de que una luz nueva brillaba en mis ojos.

No habría habido problemas, los dos patricios, de familias amigas, la fortuna en su cíclico girar se nos mostraba radiante con una sonrisa de amable carmesí. Pero éramos una pareja de tres, y la poesía es una exigente dama, y los dos la amábamos enormemente y esta hoy enlutada ha de llorarte.

Partiste, partiste, cruzarías los mares de la Hélade y aprenderías su argétea lengua y partirías, partirías en busca de las palabras más elevadas, las palabras más amorosas.

Nunca llovió dentro tanto, hoy espero que el agua de esas lagrimas riegue las nuevas esperanzas del mañana.

Cuando recibí la noticia de manos de mi madre, ciertamente, no pude racionar y mi corazón se paró. Y todo lo nuestro se unió en mi pecho, tomando forma de angustiosa nostalgia.

Y estoy escribiendo esto presurosa, en el tablinum de mi padre, mientras las estrellas plañen y la luna se compadece, mientras la llamita de la lucerna se acerca preocupantemente al pergamino, y temo que lo devore, pues este mensaje no es para el fuego, sino para el mar.

Mañana soplarán amables vientos llenos de esperanza, dulces vientos que empujan las naves a nuevos puertos donde habita la fe en uno mismo, porque tú me has descubierto que era diferente, que mi luz no es una más, y todo mediante la amorosa palabra de tu verso.

Imagino, que mañana no lloverá y que la yerba estará fresca y llena de vida y me sentaré en un banquito a que me dé el sol.

Mientras tanto mi alma descansa, pues se abre para mí un mundo nuevo; en poco mi padre le dará este mensaje al mar, que te lo hará saber llevándotelo al naufragio donde mores y a la vuelta este me traerá los poemas de la dulce Safo, tal vez por ella pueda volver a aunar el amor y la palabra.

En fin, no derrames una lagrima por mí, yo ya las derramé todas, ya lo dije, ahora soplarán nuevos vientos, dejaré que mi nave los acaricie y tu alma de corola blanca descanse.